



EL ECO DE CARTAGENA

Nº XXXVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 10346

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción se contará desde 1.º día de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIÉRCOLES 29 DE ABRIL DE 1896

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Cammartin 61, y J. Jónes, Faubourg-Montmartre, 51.

MAQUINAS Y HERRAMIENTAS

Para las minas, las fundiciones, obras públicas y para la agricultura. Arados de doble vertedera, Bombas de gran rendimiento, Máquinas para panadero, Norias especiales. Especialidad en calderas y máquinas de vapor, cables de acero y metálicos, vía férrea con sus wagonetas, plataformas y demás accesorios, correas, etcétera, etcétera. Cáculas y Cajas para caudales. Excelentes referencias sobre la bondad de nuestros artículos. CAMILO PEREZ LURBE 12. CASTELLINI 12.

CONTRA EL HAMBRE.

La sequia persiste. Las nubes no vierten sobre los campos la bienhechora lluvia. Cada día que pasa es una esperanza que se va, y dentro de poco nos encontraremos frente a un problema tenebroso que hay que resolver.

La falta de cosecha ha encarecido los cereales, y este encarecimiento continuará a medida que el tiempo pase y vayan disminuyendo las existencias. La cebada, alimento principalísimo de las bestias destinadas á la industria, se coliza á precios imposibles que oscilan entre siete y media y ocho pesetas la fanega. El trigo y las harinas suben también, por cuya razón se encarece el pan, y no se aleja el temor de que alcance precios que jamás tuvo.

¿Qué vamos a hacer con el ejército de obreros que permanecerán inactivos por no haber nada que hacer en los campos? Esta es una de las incógnitas del problema cuya solución nos vemos forzados a buscar, pero no es la única, pues hay otra, si bien se puede despejar más fácilmente.

Como hemos dicho, la falta de cosecha ha encarecido y seguirá encareciendo los cereales; pero esto durará todo lo que el gobierno

quiera que dure, á menos que se declare proteccionista rabioso y sacrifique á España entera en beneficio de unos pocos.

Cuando en época más floreciente se pedía protección para los trigos nacionales, eleváronse las tarifas aduaneras, á fin de que elevándose también un poco el precio de los trigos del país, resultara beneficioso el trabajo del labrador, que no lo era por la competencia que le hacía la importación. Tal medida era relativamente justa, pues, si lesionaba á todos, beneficiaba á una clase numerosa.

Pero hoy no beneficia á nadie; los mismos que nos vendían el trigo tenían que comprar el pan en breve al mismo subido precio que lo comprara el resto de los españoles. En tal caso, huelgan por completo las tarifas, pues no creemos que el gobierno quiera explotar el hambre de España.

Ahi está la incógnita más fácil de despejar. Suprimiendo los derechos de entrada de los cereales podría nivelarse el precio del pan y el problema quedaría simplificado.

Ya sabemos que esto mejorará un tanto los ingresos del tesoro; pero ¿qué le vamos a hacer? El mal que se avecina es grande y ya lo dice el refrán: «A grandes males grandes remedios.»

CRONICA MADRILEÑA

Sumario: Teodora Lamadrid.—Sus últimos años.—Una anécdota.—Su recuerdo.

Hacia ya muchos años que no se presentaba ante el público. La última vez que pudimos disfrutar de su presencia en la escena fué á beneficio de las víctimas de los terremotos de Andalucía, accediendo á los ruegos del duque de Valencia y siguiendo los impulsos de su caritativo y entusiasta corazón; demostró entonces que si los años y las desgracias de familia habían colmado de amarguras su corazón, no habían sido suficientes

para apagar sus entusiasmos por el arte ni su amor por el desgraciado.

Teodora Lamadrid, en sus últimos años de existencia, hizo una vida reposada y tranquila. Su modesto entresuelo de la plaza de Oriente, sólo lo abandonaba para ir á la Iglesia y al Conservatorio; los amigos y admiradores, que los tenía á millares, fuera de las horas de clase y de misa, siempre la encontraban en el gabinete azul y blanco, donde se veían retratos de personas para ella queridísimas y de hombres cuya memoria ha pasado á la posteridad entre montones de laureles; una Virgen del Pilar, de plaza, á la cual profesaba gran devoción, como buena zaragozana, y algunos caprichosos bibelots que daban á la artista.

Cuando algún amigo halaba de guerra de Cuba, ella prestaba gran atención á cuanto la decían, mostrando interés vivísimo por los soldados, y ningún día se retiraba á su dormitorio sin haber leído los telegramas de «La Correspondencia» y «El Imparcial» que trajo noticias de la lucha.

Un día dijo al Juque de Valencia, uno de sus más íntimos admiradores:

—No tengo allí á nadie; estoy casi sola en el mundo; pero la suerte de los soldados que allí pelean, me preocupa mucho.

—Si esos soldados,—la dijo el duque,—vocalizaran el apoyo de Vd. para un beneficio que lo negaría?

—¡Oh, eso nunca!—exclamó con lámpara y el entusiasmo con que pudiera haberlo hecho en uno de los pasajes de sus dramas favoritos.

¡Pero no sea Vd. nihil,—continuó diciendo, dominada por la tristeza que le producía la realidad.—Yo ya no tengo nada en el mundo, y no saldré de mi retiro.

Cuán equivocada estaba la inmortal actriz en sus juicios. Si para el escenario ya no valía, para el arte era una joya cuyas brillantes no habían sido empujadas y cuyo valor se desconocía. En su clase de declamación en el Conservatorio ha hecho mucho bien al teatro Español, pues como actriz poseía dotes rarísimas, como profesora poseía el don de enseñar haciéndose comprender; y sus discípulas, al pasar de los años y cuando sólo quede de la gran actriz el recuerdo, escucharán siempre la voz dulce y sugestiva de la maestra que con

tanta naturalidad les recitaba trozos de obras del teatro antiguo para inculcar en ellas todo el amor que por el arte en su pecho cobijaba.

«Locura de amor», «Los amantes de Teruel», «La Villana de Valdecañas», «La campana de Almudaina», «Adriana Lecouvreur», «El tanto por ciento» y otras muchas inapreciables obras de nuestro teatro antiguo y moderno, han tenido en ella la mejor intérprete.

Teodora Lamadrid se retiró del Teatro cuando su estrella no había aún perdido el más débil de sus fulgores. Nació en Zaragoza en 1821 y su muerte ha sido, según se dice, porque ella sola era la representante que nos quedaba de aquella época gloriosa en que su hermana Bárbara y Matilde Díaz, Rosasa y Valero, Ración de los Herreros, Ayala, Tamayo y García Gutiérrez, colgaron el teatro Español á la altura que nunca se había visto, ni se ha vuelto á ver.

JULIO ABRIL.

27 Abril 1896.

UN BUEN CONSEJO

Lo es sin duda el que da «El Imparcial», diciendo la última palabra, por su parte, en la polémica de la prensa basada en el caso de declarar la paz en Cuba por el camino de la guerra, sin esperar á que el ejército español se presente en el terreno.

Los periódicos españoles van á Cuba. Allí están Máximo Gómez y demás cabecillas de raza blanca, desazonados del sesgo desfavorable que les ofrece la campaña. Tal vez en estos momentos piensan en los beneficios de la paz y temen el terreno para preparar el término de la contienda; y es de un efecto deplorable que en estos instantes lleguen á Cuba y agenen en los oídos rebeldes los lamentos de la prensa que habla de ruinas próximas, de situaciones insostenibles, de todo eso, en fin, que puede hacer pensar que España está desahogada y que basta á la insurrección muy poco esfuerzo para lograr la independencia.

Esto por lo que respecta á los que piden la paz á todo trance.

En cuanto á los otros, á los que piden la guerra sin cuartel, también hacen falta con la mejor buena fé, el coraje, el ensañamiento, la excitación al ojo no

de tranquilizar mucho á los rebeldes que piensan retirarse de la lucha; esas excitaciones redundarán en ellos el celo y á los rebeldes les llevará á la victoria.

«Es conveniente la paz? Nadie lo duda. Todos queremos que se busque por medios honrosos. Pero que todos coincidiéramos en esa aspiración, dejemos á un lado los lamentos que por fuerza parecer débiles y apocados y las provocaciones que conducen á hacer la guerra indefinida, y espéremos serenos el desarrollo de los acontecimientos.»

TIJERETAZOS

Podrán los yankees decir lo que quieran, sobre todo á la respetable distancia que lo dicen; pero ante sus desplantes de generosidad de dubé y sus pujos filantrópicos interesados, bueno es oponerles la que dice «La Raza Latina», periódico mejicano que hace justicia á la vieja madre, á la nación española.

Dice el colega, después de hablar con entusiasmo del esfuerzo hecho por España para mandar cien mil hombres á Cuba:

«Sería acaso imposible que, andando el tiempo, doblesemos á nuestra madre, además de la vida y de la civilización, nuestra independencia ante el ojo del mundo?»

«Ese caso del Norte es los Estados Unidos.»

«Protección de la abran las partes en presencia de los pueblos esclavizados y les ayude para que se hagan libres.»

«Y cuando no tienen quien los proteja se los muerden al trabajo.»

«Ojalá Cuba y recapacite.»

«Y dice más «La Raza Latina»: «Yo bastante para yo; derrotamos á los yankees y la revolución que inspiran á los mejicanos.»

«Lean, lean nuestros lectores.»

«Nuestro destino está definido en este dilema: ó hijos emancipados, pero amolados y agradecidos, ó España á yankees; algo peor que eso: tristes ejemplares de ese tipo híbrido, lejano ó californiano de incondición mejicana, que no es latino, ni sajón, pero que tiene los defectos, y no las cualidades de ambas razas.»

da, por esas revelaciones en sus designios, en sus esperanzas que á nuestros elementos intelectuales los dejan muy susceptibles de ser agitados por el mas leve soplo de viento. El débil succumbe con tales conflictos, y el fuerte, después de terribles y secretas convulsiones, recobra aquella armonía, aquel orden sublime con que Dios lo ha destinado á ser un servidor del género humano.

De este combate indeciso entre dos principios opuestos, fué distraído Ernesto Maltravers por la carta siguiente de Florencia Lascelles.

«Van tres días y tres noches sin haber dormido, que estoy discutiendo conmigo misma acerca de la oportunidad de dirigirme á vos. Si yo fuera, Ernesto, lo que fui con el orgullo de la salud, de la juventud, temería que pasar de toda vuestra generosidad, mi interpelación sería mal interpretada por vuestra parte. Pero esto no es posible, ya nunca nos podremos unir; todas mis esperanzas están limitadas á la dulce y melancólica perspectiva de un perdón que, en mis últimos instantes, disiparía la sombra glacial de vuestro resentimiento. Vos y yo hemos sido cruelmente engañados, cruelmente vendidos, hace tres días que conozco la perfidia que se ha ejercido con nosotros. Y entonces, entonces, con todas las angustias de nuestra débil humanidad, cuando reconozco demasado tarde una falta irreparable, con esas angustias, el cum

existiendo solamente en sus pensamientos no perdidos, fuera de la vista de los mortales.

En ese tiempo pasó, le ocurrió á Maltravers echar una ojeada curiosa á los sistemas filosóficos oscuros y casi olvidados de la antigüedad. Comparó con los estoicos aquellos discípulos de Epicuro, que han sustituido su versión á la simple y frugal doctrina utilitaria de su maestro. De consiguiente, se preguntó á sí mismo, qué sería lo más sabio, si aumentar la suma ó la picante de los placeres, ó embotrar la punta del dolor; si gozar de todos los bienes, ó sufrir con paciencia todos los males? Por efecto de una reacción bastante común, esta hombre, hasta entonces laudable, tan ardiente en las empresas elevadas, se dedicó á una cosa más que las delicias, soporíferas de la indulgencia. Profirió el jurdín de Epicuro, al pórtico de Zenón, y renovando la antigua alternativa propugnada al semi-dios de la Grecia, puso seriamente en cuestión, si debía abandonar, en pacos gloriosos y difíciles, desterrar el leve angustio, pero severo de su corazón, para cultivar los gustos ligeros y voluptuosos de la horda vulgar, sembrando de alrutos y de rosas el cortejo de la juventud que aun le quedaba por pasar. Así como una ola es impelida por otra, así se sucedían en su espíritu, dispuesto á recibir impresiones fugitivas, los planes diversos. Este es un estado mental muy común en los hombres de imaginación viva, después que han pasado por esas crisis de vi-



CAPITULO IV.

La herida que había recibido Maltravers era aguda y honda. Nunca había sentido un amor tan violento por Florencia; pero desde el instante en que la sorpresa, el enternecimiento, le habían obligado á tomar el papel de amante declarado, su delgada lealtad le impedía verla de otra manera, que bajo su aspecto más brillante, como un ángel.